

FRANCISCO BURGOS TORREGROSA. Colono del año a título póstumo

Francisco era natural de Benamaurel (Granada), donde nació el 18 de mayo de 1936. La familia, cuando ya tenía cuatro hijos de trasladó a Peñaflor, de allí a Palma del Río, y de aquí a Fuente Carreteros cuando aún era de corta edad. Las dos hijas más pequeñas del matrimonio nacieron ya en la provincia de Córdoba.

Vivieron en Fuente Carreteros desde entonces y, como tantos niños que sobrevivieron a la guerra en condiciones precarias, trabajaba cuidando animales (pavos, cerdos, cabras...), y en las tareas del campo. Eran cinco hermanos y la casa necesitaba mucho.

Francisco no era hombre de conformarse con la situación y con 18 años y sus hermanos Eutimio y José se marchó a Cataluña. Trabajó de peón infantil con una "paleta" que no quería que aprendiera el oficio. En Fuente Carreteros se quedaron Julia, la última nacida en Benamaurel, Adela y Valle.

Durante la mili se propuso aprender a escribir, y así fue, aunque luego le cogió afición y asistió, durante bastante tiempo, a una escuela de adultos. Allí le nació una vocación de escritor que nunca abandonó, escribió cuentos, novelillas, poemas... Aparte de su gran afición a la música.

Fue siempre un hombre tenaz, perseverante, exigente consigo mismo al tiempo que una persona amable y socialmente muy valorado. Llegó a ser oficial de albañil de calidad y durante 30 años encargado de obra, por decisión de sus propios compañeros de la empresa. Era responsable del replanteo de obras junto a peritos y arquitectos.

Allí en Cataluña se casó con una emigrante murciana, María Lisán, de cuyo matrimonio nacieron dos hijos y una hija, Mari Carmen, Francisco y Manuel.

Estando todavía en la Costa Brava murió su esposa y tiempo después contrajo nuevas nupcias, esta vez con Pilar Ríos Doñate, también viuda y que tenía tres hijos.

Ya en esta etapa le llegó la jubilación, llevaba 48 años en Cataluña, y aun cuando era un admirable defensor de Cataluña, el amor a su tierra jamás lo perdió.

Sentía pasión por Andalucía, como sentía pasión por todo lo valioso de la vida, por su familia, por los pequeños detalles, por la música.

Así que vendió cuanto tenía en Cataluña (lo mismo hizo su segunda esposa) y se hizo de una casita hecha a la medida de sus gustos y donde volcó también la misma pasión que sentía por todo.

Muchos lo hemos conocido porque era el músico de los mayores, de los hombres y mujeres maduros, le conocimos en las cenas de grupos, en las tardes de sábado y las tardes-noches de domingo en Fuente Carreteros, en la Plaza de los Remedios o en el Salón de Usos Múltiples, o en la Plaza Real, o en donde fuera.

Con entusiasmo envidiable y con sus años (con 69 nos lo ha robado la muerte), cargaba su equipo y convertido en "hombre orquesta" ha animado muchísimas noches de nuestra vida, rompiendo la rutina y dejando un rastro de alegría, de armonía, de buen hacer, de sencillez y de generosidad sin límites. Solía decir, cuando se vino a vivir a Fuente Palmera, que lo peor que podría pasarle es coger la rutina de "cama, tele y sofá"... pues eso sería su perdición. Por eso luchó por hacer realidad su sueño de ver bailar a su pueblo Fuente Carreteros y a muchas

personas mayores de cualquier parte, al ritmo que marcaban las teclas de su piano y la fuerza de su pasión por la música.

Inteligente, cariñoso, bueno, detallista, sensible hasta la lágrima fácil, tierno, servicial, amigo de sus amigos, romántico, creyente profundo, escritor de cuentos y novelas guardadas, poeta, curandero, novillero (en los tiempos de El Cordobés), responsable, trabajador, amante de la vida, entregado a su mujer....

Con esta frase que repetía a veces: "Me da miedo tanta felicidad" cerramos esta reseña de un hombre bueno, acreedor del título para el que se le propone.